

CAPÍTULO 6

Subjetividad posmoderna

Susana Martins

Una categoría central para pensar el escenario actual y el rol de los jóvenes en él es la **categoría de identidad** porque, en definitiva, lo que interesa rastrear es en qué lugares, a través de qué prácticas, qué consumos y qué discursos están siendo interpelados los jóvenes fuera del ámbito escolar. Y cómo esas prácticas pueden ser pensadas como interpelaciones educativas.

Por eso, la definición de cómo ha sido pensada la identidad en ambos proyectos culturales (Modernidad y Posmodernidad) es central a la hora de rastrear los cruces entre las transformaciones culturales y los modos de construcción de subjetividad.

Un texto que nos ha sido de mucha utilidad para pensar la noción de identidad es el de Gilberto Giménez, doctor en sociología que se desempeña en la Universidad Autónoma de México y que en 1997 escribió un artículo para la *Revista Frontera* titulado “Materiales para una teoría de las identidades sociales”. En dicho artículo, más que dar definiciones cerradas, Giménez aporta tres elementos muy interesantes para la conceptualización:

- El **carácter intersubjetivo y relacional de la identidad** que se construye en permanente tensión entre el autorreconocimiento y el heterorreconocimiento o reconocimiento de los demás
- Las dimensiones centrales que permiten recuperar la distinguibilidad: la **pertenencia a una pluralidad de grupos o colectivos, el conjunto de atributos y la narrativa biográfica**
- La distinción entre **identidades individuales e identidades colectivas**.

La propuesta de Giménez (1997), además, resulta interesante porque asume a la identidad como “el lado subjetivo” de la cultura, es decir, recupera una mirada que hace foco en la **dimensión cultural que se subjetiviza en cada persona**. Esta condición individual tiene, además, que ser reconocida por los demás en contextos de interacción y comunicación: se trata de una condición mínima a la hora de hablar del carácter distinguible y singular del sujeto. Es decir, **no alcanza con que nos reconozcamos y nos definamos a nosotros mismos**, sino que es sustancial la mirada y el reconocimiento de los demás. “Toda identidad (individual o colectiva) requiere la sanción del reconocimiento social para que exista social y públicamente”, sostiene Giménez (1997, p. 11).

Por otro lado, resulta fundamental tener en cuenta que, a diferencia de como la pensaba el proyecto de la Modernidad (recordemos la figura de *homo clausus* de Heler, 2000), la identidad no es una esencia, ni un atributo ni una propiedad intrínseca, sino que tiene un carácter relacional y subjetivo, es decir, responde a distintos polos de identificación que actúan como mecanismos o instancias de interpelación. Y nunca es un proceso lineal ausente de conflicto. Dice Giménez: “La identidad de un actor social emerge y se afirma sólo en la confrontación con otras identidades en el proceso de interacción social, la cual frecuentemente implica relación desigual y, por ende, luchas y contradicciones” (p. 12).

A su vez, los elementos diferenciadores de la identidad se relacionan con tres dimensiones: **la pertenencia, los atributos y la narrativa o los relatos del yo.**

La pertenencia a uno o más colectivos tiene que ver con la lealtad y con la capacidad de compartir un complejo simbólico cultural, mientras que los atributos o cualidades funcionan como características “disposiciones, hábitos, tendencias, actitudes o capacidades, a lo que se añade lo relativo a la imagen del propio cuerpo” (Giménez, p. 15). Es importante destacar que todos los atributos son materia social, más allá de su condición biológica, porque la lectura estigmatizante o no de ciertos atributos reconoce matrices sociales o aprendizajes culturales.

Así, el lugar central que asume la narrativa biográfica o la historia de vida tiene que ver con la capacidad del relato de organizar la subjetividad dislocada y fragmentada. Si asumimos que la subjetividad no es un proceso único, continuo y prospectivo, sino que se construye en hitos que configuran marcas, entonces el relato va a ser aquel que ordene y jerarquice la información de tal modo que aparezca como historia de vida. En este sentido, **la narrativa biográfica aporta ilusión de unicidad.**

Finalmente, la diferencia o, mejor dicho, la posibilidad de pensar elementos identificables a la hora de hablar de identidades colectivas. Allí lo que se pone de manifiesto son “entidades relacionales” que se presentan como totalidades diferentes de los individuos que las componen y que obedecen a mecanismos específicos de funcionamiento como actores colectivos. Obviamente, desde el análisis de dichas identidades es posible llegar a los procesos de acción colectiva, aunque no todas ellas asuman actividades de ese carácter.

A la hora de hablar de **identidades colectivas** es importante tener en cuenta que deben concebirse como una **zona de la identidad personal** en tanto se relacionan directamente con las representaciones que los individuos tienen de ellas y de los valores que los acercan a determinado colectivo.

Pensar la categoría de identidad desde una mirada actual nos obliga, entonces, a pensarla como una categoría abierta, relacional, más asociada a un proceso que a una sustancia, en permanente movilidad pero también reconociendo límites en ese cambio.

Cambio de época y la explosión de las identidades

Desde otra línea, Martín-Barbero (2002) intenta describir los **procesos identitarios desde un enfoque culturalista**. Para él, el proceso de globalización produce una desconexión profunda entre la lógica de lo global y las dinámicas de lo local. Y esta separación/grieta se manifiesta en la vida cotidiana de la gente a través de un sentimiento compartido de impotencia.

La crisis en las prácticas de la Modernidad que otorgaban sentido colectivo a la vida de la gente trae aparejada la redefinición de quiénes somos más allá de lo que hacemos.

El cambio apunta especialmente a la multiplicación de referentes desde lo que el sujeto se identifica en cuanto tal, pues el descentramiento no es solo de la sociedad sino de los individuos que ahora viven una integración parcial y precaria de las múltiples dimensiones/adscripciones que los conforman (Martín-Barbero, 2002, p. 14).

El autor alerta que si bien ya no podemos pensar en identidades indivisibles eso no puede confundirse con la fragmentación, proclamada por el discurso posmoderno y capitalizada por el mercado. Esta advertencia la comparte con Bauman cuando en *Vida de Consumo* (2007) el filósofo polaco afirma que

en la sociedad de consumidores nadie puede convertirse en sujeto sin antes convertirse en producto...la subjetividad del sujeto, o sea su carácter de tal y todo aquello que esa subjetividad le permite lograr, está abocada plenamente a la interminable tarea de ser y seguir siendo un artículo vendible (p. 25).

El rol del mercado y de las prácticas de consumo es central a la hora de pensar nuevos espacios de referencialidad; tanto, que es casi imposible pensar procesos identificatorios actuales por fuera de la lógica del consumo y el capital. La caída de los referentes de la Modernidad –trabajo, política, escuela– ha dado lugar a la figura del mercado como eje central desde el que se ordenan las nuevas identidades dislocadas.

Estas características de la relación del yo con el escenario contemporáneo tienen, desde el punto de vista de la psicología, consecuencias sobre los modos de pensarse, sentirse y situarse en el mundo. Al respecto, dice Dany-Robert Dufour:

Las formas de la destitución subjetiva que invaden nuestras sociedades se revelan a través de múltiples síntomas: el surgimiento de deficiencias psíquicas, la eclosión de un malestar en la cultura, la multiplicación de los actos de violencia y la aparición de formas de explotación a gran escala (2001, p. 1).

A la pérdida de referencias se le suma el reconocimiento de la angustia existencial y vuelve a tomar vigor la pregunta por el otro (par) y el Otro (ley). En esa disyuntiva transcurre el sujeto en el escenario actual.

Y si a ello le sumamos el escenario de las nuevas tecnologías (ya no tan nuevas) y las prácticas sociales que habilitan supone la necesidad de pensar en **un nuevo orden mundial donde el sujeto pone en crisis sus certezas y redefine sus modos de vincularse**, de asumir su propio cuerpo, los espacios de lo público, lo privado y lo íntimo, sus modalidades de presentación de sí y, por supuesto, los relatos acerca de sí mismo.

Finalmente, si a esta condición subjetiva le agregamos la pregunta por las transformaciones de orden vincular, pero también respecto de las percepciones del tiempo, el espacio y la propia corporalidad resulta un escenario complejo que es necesario abordar si queremos caracterizar a los sujetos de nuestras prácticas educativas.

Referencias

- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Dufour, D. (mayo de 2001). Los desconciertos del individuo-sujeto. *Le Monde Diplomatique*. Recuperado de <https://www.eldiplo.org/023-cavallo-al-timon-de-un-pais-a-la-deriva/los-desconciertos-del-individuo-sujeto/>
- Giménez, G. (1997). Materiales para una teoría de las identidades sociales. *Revista Frontera Norte*, 9 (18).
- Heler, M. (2000). *Individuo, persistencia de una idea moderna*. Buenos Aires: Biblos
- Martín-Barbero, J. (2002). Tecnicidades, identidades, alteridades: des-ubicaciones y opacidades de la comunicación en el nuevo siglo. *Revista Diálogos de la Comunicación*, (64).